

CAPITULO SEGUNDO.

Estado interior de Francia á mediado sd el año 1796 año IV.—

Apuros económicos del gobierno. Caída de los mandatos y del papel moneda.— Ataque del campo de Grenelle por los jacobinos. Renovación del pacto de familia con la España, y proyecto de una cuádruple alianza.— Proyecto de una expedición á Irlanda.— Negociaciones en Italia.— Continuación de las hostilidades; llegada de Wurmser al Adige.— Victorias de Lonato y de Castiglione.— Operaciones en el Danubio; batalla de Neresheim; marcha del archiduque Carlos contra Jourdan.— Marcha de Bonaparte sobre el Brenta; Batallas de Roveredo, Bassano y San Jorge; retirada de Wurmser á Mantua.— Vuelta de Jourdan al Mein; batalla de Wutzburgo; retirada de Moreau.

Jamas se había presentado la Francia mas poderosa en Europa que durante aquel verano de 1796, pero distaba mucho de corresponder su estado interior á todo aquel brillo exterior. Era muy singular el espectáculo que presentaba Paris, porque furiosos los patriotas desde el arresto de Babœuf, de Drouet y demas corifeos, estaban execrando del gobierno y no apreciaban las victorias

de la república solo porque eran útiles al directorio. Al mismo tiempo las negaban con obstinacion los enemigos declarados de la revolucion, y los que estaban ya cansados de ella no aparentaban darlas mucho crédito. Algunos de los nuevos ricos que debian su caudal al agio ó á las provisiones ostentaban un lujo desenfrenado y mostraban la mas ingrata indiferencia á un orden de cosas que les habia proporcionado su fortuna. Semejante estado moral de la sociedad era un resultado inmediato del cansancio general de la nacion, de las pasiones inveteradas de los partidos, y de la avaricia escitada por una crisis económica. Pero todavia quedaban muchos Franceses republicanos y entusiastas, cuyas opiniones y sentimientos se habian conservado intactos, y cuyas almas se regocijaban con nuestras victorias; los cuales lejos de negarlas recibian con entusiasmo las nuevas que llegaban y pronunciaban con placer y admiracion los gloriosos nombres de Hoche, Jourdan, Moreau y Bonaparte. Estos querian que se hiciesen nuevos esfuerzos y se obligase á los malévolos y los indiferentes á contribuir con todos sus recursos á la gloria y grandeza de la república.

Para deslucir el brillo de nuestros triunfos disminuir su importancia se dedicaban los partidos á desacreditar los generales encarnizándose particularmente contra el mas joven y mas bri-

llante de todos que era Bonaparte cuyo nombre se habia cubierto de tanta gloria en solos dos meses. Era mucho el miedo que habia causado á los realistas el dia 13 de vendimiario y por consiguiente no se lo perdonaban en sus diarios. Se sabia que habia desplegado en Italia un carácter bastante imperioso y les repugnaba el modo con que habia tratado á los estados de aquel pais concediendo ó reusando los armisticios segun su voluntad que era la dueña absoluta de la paz ó de la guerra. No se ignoraba que sin valerse de la tesoreria habia enviado directamente fondos al ejército de Rhin, y no cesaban de repetir que era un hombre indócil á quien era indispensable destituir. Hubiera sido ciertamente una gran pérdida para la república la de este general y al mismo tiempo una carrera gloriosa cortada de repente y por eso mismo se daban la mayor prisa los malévolos á esparcir las voces mas absurdas. Llegó su atrevimiento á pretender que Hoche que se encontraba entonces en Paris, iba á ponerse en camino para arrestar á Bonaparte en presencia de su mismo ejército. Se apresuró el gobierno á escribir una carta en que se desmentian todas aquellas voces en la cual le repetia todas las pruebas de confianza que le habia dado antes, cuidando de que se publicara aquella carta en todos los diarios. El valiente Hoche, incapaz de concebir la mas pequeña sombra de envidia

contra un rival que en dos meses se habia hecho superior á los primeros generales de la república, se apresuró á desmentir por escrito el papel que le designaban, y no podemos menos de citar literalmente esta carta tan honrosa para aquellos dos heróicos jóvenes: estaba dirigida al ministro de policia y se publicó en los términos siguientes.

« Ciudadano ministro: algunos hombres que se
« ocultaron ú oscurecieron durante los prime-
« ros años de la fundacion de la república, no pa-
« rece que piensan hoy en ella sino para buscar los
« medios de destruirla, ni la toman en boca sino
« para calumniar á sus mas firmes defensores, es-
« parciendo de algunos dias á esta parte las espe-
« cies mas injuriosas á los ejércitos y á uno de los
« oficiales generales que los mandan. ¿No les
« basta para conseguirlo estar en correspondencia
« abierta con la horda conspiradora que reside en
« Hamburgo, sin añadir tambien el envilecimien-
« to de los gefes de los ejércitos para conseguir la
« proteccion de los dueños que intentan dar á la
« Francia? ¿O piensan talvez que aquellos son tan
« débiles como en otro tiempo y que se dejarán in-
« juriar sin atreverse á responder ni defenderse de
« sus acusaciones? ¿Por qué es ahora Bonaparte el
« objeto especial de la furia de esos señores? ¿Se-
« rá porque batió á sus amigos y á ellos mismos en
« el mes de vendimiario, ó porque deshace los

« ejércitos de los reyes, y suministra á la repúbli-
« ca los medios de terminar gloriosamente una
« guerra tan honrosa? Oh valiente jóven, ¿quien
« es el militar republicano que no arde en deseos
« de imitarte? ¡Animo Bonaparte, lleva nuestros
« ejércitos victoriosos á Nápoles y á Viena; res-
« ponde á tus enemigos personales humillando á
« los reyes, dando un nuevo lustre á nuestras ar-
« mas, y déjanos á nosotros el cuidado de tu
« gloria!

« Yo no he podido menos de sonreirme de lás-
« tima al ver á un hombre, que ciertamente no
« carece de talento, anunciar inquietudes que no
« tiene por las facultades concedidas á los genera-
« les Franceses. Vos le conocéis casi á todos, ciu-
« dadano ministro, ¿y quien hay entre ellos que
« aun suponiéndole bastante influjo con su ejérci-
« to para hacerle marchar contra el gobierno, se
« atreviese jamas á hacerlo sin que sus mismos com-
« pañeros le aniquilasen inmediatamente? Apenas
« se conocen los generales ni tienen corresponden-
« cia entre sí y su mismo número basta para tran-
« quilizar acerca de los designios que se suponen
« á uno de ellos. ¿Hay quien ignore lo mucho
« que pueden con los hombres la envidia, la am-
« bicion y aun me atrevo á añadir el amor de la
« patria y el honor? Tranquilizaos pues, moder-
« nos republicanos.

« Algunos diarios han tenido la sandez de hacer-
 « me marchar á Italia para arrestar á un hombre
 « á quien yo estimo y de quien el gobierno tiene
 « tantos motivos de aplaudirse; pero bien se pue-
 « de asegurar que en el tiempo en que vi vimospo-
 « cos oficiales generales se encargarian de desem-
 « ñar las funciones de gendarmas, si bien hay
 « muchos que estan dispuestos á combatir las fac-
 « ciones y los facciosos.

« Desde que estoy en Paris he visto á hom-
 « bres de todas las opiniones, y he podido apre-
 « ciar algunos de ellos en su justo valor. Los
 « hay que piensan que el gobierno no puede ca-
 « minar sin ellos, y solo gritan para conseguir
 « empleos. Otros, por mas que nadie se ocupe
 « de ellos, creen que está jurada su pérdida, y
 « gritan tambien para hacerse interesantes. He
 « visto algunos emigrados mas franceses que rea-
 « listas, llorar de alegría al referirse nuestras
 « victorias, y tambien he visto algunos parisinos
 « ponerlas en duda. Paréceme que un partido
 « ambicioso pero falto de recursos, intenta tras-
 « tornar el gobierno actual para sustituir la anar-
 « quía; que otro mas peligroso y astuto, y que
 « tiene amigos en todas partes quiere trastornar
 « la república para volver á la Francia la consti-
 « tucion defectuosa de 1791 y una guerra civil de
 « 30 años, y por último otro tercer partido, que

« si sabe despreciar á los otros dos y tomar sobre
 « ellos el imperio que le dan las leyes, los vence-
 « rá, porque está compuesto de republicanos sín-
 « ceros, laboriosos y honrados, que tienen el recur-
 « so del talento y las virtudes, y porque cuentan
 « en el número de sus partidarios á todos los
 « buenos ciudadanos y á los ejércitos, que cierta-
 « mente no habrán vencido durante cinco año
 « para dejar sugetar á su patria.»

Estas dos cartas impusieron silencio á los ma-
 lévolos y calmaron aquellas voces.

Mas en medio de toda su gloria causaba lásti-
 ma el gobierno por su estremada pobreza, como
 que el nuevo papel moneda solo pudo sostenerse
 muy poco tiempo, y con su caída quedó privado
 el directorio de un importante recurso. Ya se
 acordará el lector de que el 26 de ventoso (16 de
 marzo) se habian creado é hipotecado sobre un
 valor correspondiente en bienes 2,400 millones
 de mandatos, de los cuales se habia consagrado
 una parte á retirar de la circulacion los 24 mil
 millones de asignados, y la restante á hacer fren-
 te á las nuevas necesidades. Venia á ser, como ya
 dijimos, una reimpression del antiguo papel con
 un título nuevo y un nuevo guarismo; de suerte
 que los 24 mil millones de asignados se reempla-
 zaban con 800 millones de mandatos, y en lugar
 de crearse otros 48 mil millones de asignados, se

creaban 1,600 millones de mandatos; y así toda la diferencia estaba en el título y el guarismo. También había alguna en la hipoteca, porque los asignados, por efecto de las subastas, no representaban un valor determinado de bienes, mientras que por el contrario los mandatos representaban exactamente la suma de 2,400 millones, porque con ellos se habían de comprar bienes con la simple oferta del precio que tenían en 1790. Pero todo esto no impidió su caída que procedió de diferentes causas. La Francia no quería ya ningún papel moneda, y estaba bien decidida á no creer en él por grandes que fuesen las garantías que todos tenían por aéreas. Además, aunque se hubiese reducido el guarismo era todavía demasiado grande, pues convirtiéndose los 24 mil millones de asignados en 800 de mandatos, venía á reducirse el antiguo papel á sola una 30.^{ma} parte, mientras que hubiera debido reducirse á la 200.^{ma} para estar en lo cierto, como que los 24 mil millones valían á lo más 120. Era un verdadero error volverlos á presentar en la circulación por 800 millones convertidos en mandatos, pues aunque es cierto que se les designaba un valor igual en bienes, también lo es que una posesión que en 1790 valía 100 mil francos, no se vendía hoy más que en 30 ó en 25. Por consecuencia aunque aquel papel con su nuevo título y guaris-

mo hubiera representado exactamente los bienes, no podía valer tanto como ellos, sino la tercera parte del dinero. Ahora bien, querer que circulase á la par, era lo mismo que apoyar una mentira. Así aun cuando hubiera sido posible volver la confianza al papel, siempre le habría hecho caer la exageración de su valor, y esto bastó para que á pesar de ser forzada la circulación de él, no se le pudo sostener más que por un instante. Ya no producían el mismo efecto aquellas medidas violentas que tanto atemorizaron en 1793, porque ninguno contrataba más que á dinero, ni circulaba otra cosa por más que se le hubiese creído escondido ó en manos de los extranjeros. Lo que había oculto salía á relucir, y lo que había salido de Francia volvía á entrar en ella, encontrándose llenas de pesosduros de España las provincias meridionales, según ocurría la necesidad, porque el oro y la plata acuden como todas las mercancías á donde las atraen los pedidos, sin otra diferencia que la de ser más subido el precio hasta que haya suficiente cantidad y se hayan satisfecho las necesidades. Todavía no dejaban de cometerse algunas bribonadas con los reembolsos que se hacían en mandatos, porque como las leyes concedían curso forzado al papel cual si fuese verdadera moneda, en eso mismo permitían emplearle en pago de escrituras anteriores; pero eran pocos

los que se atrevian á hacerlo, y en general todas las estipulaciones se hacian á dinero contante. En los mercados no corria otra moneda, ni se pagaban los salarios de otro modo, de suerte que parecia que no habia en Francia semejante papel. Solo se encontraban los mandatos en poder de especuladores que los recibian del gobierno para volvérselos á vender á los compradores de bienes nacionales.

De esta manera, por mas que todavia existiese la crisis económica para el estado, casi habia desaparecido para los particulares, y á beneficio de los primeros momentos de descanso habian vuelto á tomar alguna actividad el comercio y la industria aprovechándose de algunas comunicaciones que se habian vuelto á abrir en el continente, y tambien por efecto de nuestras victorias.

No se crea, por mas que la vanidad de algunos gobiernos se haya empeñado en decirlo, que necesita la produccion de que se la estimule para prosperar, pues basta con que no se la contrarie. Ella sabe muy bien aprovecharse del primer momento para desarrollarse con maravillosa actividad pero si los particulares recobraban algun desahogo, el gobierno, es decir, sus gefes, sus empleados, militares, administradores, ó magistrados, y en una palabra sus acredores estaban reducidos á la mayor miseria. Los mandatos que se

les daban eran inútiles en sus manos pues no podian hacer otro uso mas que el de pasarlos á las de especuladores en papel, que compraba 100 francos por cinco ó seis y se los volvian despues á vender á los compradores de bienes nacionales. Asi se morian de hambre los renteros y renunciaban los empleados sus empleos, viéndose entonces lo contrario de lo que generalmente acontece, que en lugar de abundar los pretendientes solo abundaban las renunciaciones. Los ejércitos de Alemania é Italia vivian á costa del enemigo y no participaban de la miseria general, pero los del interior estaban en la mayor desolacion, y Hoche no podia mantener sus soldados sino de lo que daban de sí los frutos recogidos en las provincias del Oeste, por lo que se veia precisado á mantener el régimen militar solo para tener derecho de cobrar las subsistencias en especie. Por lo que hace á los oficiales y aun el mismo no tenian con qué vestirse, llegando la cosa á términos de que faltó frecuentemente el servicio de las etapas para las tropas que iban de paso, porque los proveedores no querian adelantar nada. Los destacamentos que salieron de las costas del Oceano, para reforzar el ejército de Italia estaban detenidos en el camino y hubo que cerrar los hospitales y echar de ellos á los infelices soldados que estaban allí enfermos por no poder la república pagar ni los

alimentos ni las medicinas. La gendarmeria estaba enteramente desorganizada, pues como no se la daba ni vestuario ni equipo dejaba de hacer el servicio, y cada gendarma procuraba conservar su caballo, porque ni se le reemplazaba ni se protegian los caminos, sobradamente infestados con los bandidos que siempre abundan despues de las guerras civiles. Estos entraban en todas las casas de campo y hasta en las ciudades, donde cometian robos y asesinatos con una audacia inaudita.

Tal era el estado interior de Francia, siendo el carácter particular de aquella nueva crisis la miseria en el gobierno, en medio de un retorno de alguna mayor comodidad en los particulares. El directorio no vivia mas que de los restos del papel y de algunos millones que sus ejércitos le enviaban del extranjero. El general Bonaparte le habia enviado ya 30 millones de francos y 100 buenos caballos de coche para contribuir un poco á su decencia.

Se trataba ahora de acabar de una vez con todo aquel embrollo de papel moneda, y para ello era preciso que no fuese forzado su curso, y que las contribuciones se pagasen á dinero contante; por tanto se declaró el dia 28 de messidor (6 de julio) que todo el mundo pudiese contratar de la manera que le agradase y estipular en la moneda que fuese de su gusto, pues en adelante no serian re-

cibidos los mandatos sino por su valor efectivo, y que diariamente se publicaria por la tesoreria el curso corriente. En fin se atrevieron á declarar que los impuestos se cobrarian en numerario ó en mandatos al precio del dia, sin otra escepcion que la de la contribucion territorial. Desde la creacion de este papel no habia querido cobrarse la renta en frutos, sino en mandatos; pero se convencieron de que hubiera valido mas continuar cobrándola siempre en frutos, porque no se habrian experimentado las variaciones del papel, y por lo menos se habria contado con algo seguro. Por eso se decidió despues de largas discusiones y muchos proyectos inútiles, que en los departamentos fronterizos y en los inmediatos á los ejércitos se pudiese exigir la contribucion en especie pero que en los demas se haria el cobro en mandatos con arreglo al curso de los granos. Así se valuaba el trigo en 1790 á 10 francos el quintal y en el dia se valuaba á 80 francos en mandatos; de suerte que representando cada cuota de 10 francos un quintal de trigo, se obligaba á pagar por ella 80 francos en mandatos. Mucho mas sencillo hubiera sido exigir el pago en numerario ó en mandatos al curso corriente; pero no se atrevieron á hacerlo todavia y se contentaron con intentar el retroceso hácia la realidad.

Tampoco se habia cobrado todavia el préstamo

forzoso , porque ya no tenia la autoridad aquella energía arbitraria que solo hubiera podido asegurar su egecucion. Faltaban 300 millones por cobrar y se decidió que en pago del préstamo y del impuesto se recibiesen los mandatos á la par , y los asignados á 100 capitales por uno ; pero esto solo por espacio de 15 dias , y que pasado este término no se recibiria el papel sino al curso corriente. Este era un medio de estimular á los que habian andado tardios en la paga.

Estando ya declarada la ruina de los mandatos no era posible recibirlos en pago íntegro de los bienes nacionales que estaban designados para ellos , y era inevitable la bancarrota que se les habia pronosticado como á los asignados. En efecto se habia anunciado que una vez desacreditados los mandatos que se habian emitido por valor de 2,400 millones , y reducidos á no valer mas que de dos á trescientos , no querria el estado dar los bienes que habia prometido por ellos ; y si se habia sostenido lo contrario era con la esperanza de que los mandatos se mantendrian á un precio regular , pero habiendo bajado tanto , que 100 francos no valiesen mas que cinco ó seis , no podia el gobierno dar una tierra que valia 100 francos en 1790 , y que aun entonces mismo valia de treinta á cuarenta , por solo cinco ó seis francos. Esta era la misma especie de bancarrota que habian sufri-

do los asignados , segun esplicamos anteriormente , y el estado hacia entonces lo que hoy hace una caja de amortizacion que rescata al curso de la plaza , y que cuando ocurre una baja extraordinaria compraria tal vez por 50 lo que hubiese emitido á ochenta ó noventa. En consecuencia se decidió el dia 26 de julio que la última cuarta parte de los dominios nacionales , á que se habia hecho postura despues de la ley del 26 de ventoso (aquella en que se crearon los mandatos) se pagase en mandatos al curso corriente y en seis plazos iguales. Como se habian sumisionado hasta 800 millones de bienes , es claro que la cuarta parte importaba 200 millones.

Llegaba ya pues el fin del papel moneda , y no faltará quien pregunte á qué fin se hizo aquel segundo ensayo de los mandatos que tuvieron tan poca duracion y tan mal éxito ; porque en general no se juzgan estas medidas con presencia de las circunstancias que las exigieron. No hay duda en que contribuyó en gran manera á la creacion de los mandatos el temor de que faltase el numerario , y si no hubiese habido otra razon ciertamente que no podria disculparse , porque el numerario no falta nunca ; pero el verdadero y principal motivo fue la necesidad imperiosa de vivir á costa de los bienes y tener que anticipar su venta. Era preciso poner en circulacion su precio ántes de

haberle cobrado, y para ello emitirle en forma de papel. Verdad es que el recurso no fue grande supuesto que los mandatos cayeron tan pronto, pero al fin hubo con que salir de apuros durante cuatro ó cinco meses, lo cual era mucho en aquellas circunstancias. Deben considerarse los mandatos como un nuevo descuento de los bienes nacionales, y como un mero espediente entre tanto que se conseguia venderlos. Ya veremos mas adelante cuantos apuros tuvo que sufrir el gobierno ántes de poder realizar su venta en numerario.

No le faltaban á la tesoreria otros recursos próximamente exigibles, pero sucedia con ellos lo que con los bienes nacionales, que era hacerlos efectivos. Por ejemplo, tenia que recibir 300 millones del préstamo forzoso, y otros 300 de la contribucion territorial de aquel año, es decir todo su importe; 25 millones de la contribucion moviliaria; todo el arrendamiento de los bienes nacionales y sus atrasos, que ascendian en todo á 60 millones; diferentes contribuciones militares; el precio del moblage de los emigrados; diferentes atrasos, y últimamente 80 millones de papel sobre el extranjero. Unidos todos estos recursos á los 200 millones del último cuarto del precio de los bienes nacionales, subian á la enorme suma de mil y cien millones, pero era difícil de realizar.

Solo le faltaban para concluir el año económico, esto es, para llegar al primero de vendimiario 400 millones, y salia del paso si los podia cobrar inmediatamente á cuenta de los 1100. Para el año siguiente ya contaba con las contribuciones ordinarias, que esperaba cobrar íntegras en numerario, y como ascendian á mas de 500 millones, cubrian lo que se llamaba el gasto ordinario. Para los extraordinarios de guerra, en caso de una nueva campaña, tenia el resto de 1100 millones, y las nuevas posturas que se hiciesen á los bienes nacionales; pero siempre existia la dificultad de su cobranza. La renta ordinaria no se compone nunca mas que de los productos del año, y era muy difícil recojerlos todos á un tiempo por medio del préstamo forzoso, de la contribucion territorial y moviliaria y de la venta de bienes; y así se pusieron de nuevo á trabajar en el cobro de las contribuciones, y se le dió al directorio la facultad extraordinaria de hipotecar bienes belgas por valer de 100 millones en numerario. Hasta las *rescripciones*, que como dijimos eran una especie de pagarés reales, cuyo objeto era descontar las entradas del año, habian tenido la misma suerte que todo el papel, y no pudiendo hacer uso de aquel recurso, pagaba el ministro á los proveedores en decretos de liquidacion, que debian ser pagados de las primeras entradas.